

la atención se fijó en otra parte, como si ya este lenguaje no hubiese sido el de un ser viviente. Al procederse á la votación, 315 diputados contra 68, y 134 senadores contra 47, se pronunciaron por la Convención.

La ciudad de Turín había asistido á este debate á la vez febril y sombrío. El parlamento consagraba su caducidad. Cuando todo hubo terminado, el rey salió casi furtivamente de la antigua y valerosa capital, donde por espacio de tan largo tiempo habían reinado sus antepasados. Florencia, hacia la cual el monarca dirigía sus pasos, se encargó de poner un supremo comentario á la Convención del 15 de septiembre. No creyó en su propia grandeza. Cuando vió llegar á la plaza del *Palacio Viejo* al rey, á la corte, á los diputados, á los funcionarios, no pudo persuadirse de que todo este movimiento fuese para ella, y como la estatua de *la Noche* que adorna la tumba de Julián de Médicis y que Miguel Angel no quería animar más que para los días gloriosos, desdeñó dar importancia á este ruido pasajero. Lejos de sentirse ofuscados, los tranquilos toscanos se lamentaron de toda esta afluencia que cambiaba sus costumbres, turbaba su reposo y sólo les traería escasos provechos. Luego se replegaron en sus recuerdos, bastante augustos para dispensarles de ambición.

II

Aun interpretada en el sentido más desfavorable á la Santa Sede, la Convención del 15 de septiembre de 1864 permitía un aplazamiento de dos años. El tiempo que siguió empleóse en toda clase de proyectos que, á pesar de las pasadas desgracias, tendían á reconciliar á Víctor Manuel y á Pío IX.

En el mes de marzo de 1865 llegó de Francia á Italia un visitante notable, el Sr. de Persigny, quien pasó en Roma las fiestas de Semana Santa, despertando su presencia una curiosidad muy grande, excesiva, pues se le atribuía cerca del emperador una influencia que ya no tenía. Visitó á muchos personajes y pareció mostrar mucho interés en enterarse de la condición del Estado pontificio. A su regreso, publicó con el título de *Lettre de Rome* un folleto en que trataba de fijar los límites de cada uno de los dos poderes rivales. Con suma habilidad disuadía á Víctor Manuel de subir al Capitolio, pues creía que la antigua Roma «lo aplastaría con el peso de su historia.» En cambio juzgaba con extremo rigor al partido ultramontano y deseaba que la ciudad de los Papas, aun permaneciendo bajo la soberanía pontificia, tuviese parte, como ciudad libre, en los privilegios y en las cargas de Italia. En el fondo era la misma tesis de Máximo de Azeglio, desarrollada con menos elocuencia, serenidad y brillantez. El folleto tuvo resonancia, más que por sí mismo, por el nombre del autor, y durante algunos días los periódicos lo comentaron como si hubiese reflejado las opiniones que prevalecían en las Tullerías.

Mientras tanto, se iniciaba una negociación que sólo se refería á las cuestiones religiosas, pero que hizo concebir la breve esperanza de un acuerdo político. Entre todas las preocupaciones del Padre Santo, una de las más acerbadas era la suerte que cabría á la Iglesia de Italia. Gran número de prelados habían sido separados de

sus diócesis; además, por desavenencia entre las autoridades civiles y eclesiásticas, muchos obispados quedaron vacantes. Aludiendo un día á este estado de cosas y á la urgencia de remediarlo, Pío IX decía al embajador de España: «No quiero morir sin haber hecho todo lo posible por cumplir con este deber de conciencia (1).» Con este espíritu dirigióse á Víctor Manuel y en una carta muy paternal le recomendó los intereses católicos. El rey, que, dejando á un lado sus ambiciones, se hallaba alejado como el que más de las disputas religiosas, fué sensible á tal iniciativa y contestó en términos no sólo respetuosos, sino que también conciliadores. El Sr. Vegezzi, magistrado distinguido y muy versado, sobre todo, en cuestiones eclesiásticas, fué enviado á Roma con la misión de negociar el regreso de los obispos ausentes, de disponer el nombramiento en los obispados privados de titular, de proponer además una nueva circunscripción de las diócesis, y, en fin, de establecer las formalidades del *exequatur* y del juramento (2). Asegúrase que el cardenal Antonelli, al prestarse á las entrevistas, tuvo empeño en apartar desde el primer momento todas las cuestiones políticas: «Queda bien establecido, dijo, que no saldremos de la sacristía.» A pesar de esta reserva, ¿quién hubiese dudado de que la avenencia religiosa, en caso de realizarse algún día, no fuese un medio que condujese á una avenencia más completa? Al principio las disposiciones reciprocas parecieron muy favorables. La embajada de Francia había recibido orden de mantenerse apartada de las negociaciones, pero de Roma se enviaban á París excelentes noticias. Cuando se llegó al fondo de las cosas, topóse con el doble obstáculo que hasta entonces había paralizado todas las tentativas de reconciliación. Muy afable en su lenguaje, Pío IX retrocedía bruscamente ante cada fórmula que le parecía implicar en un grado cualquiera el reconocimiento del nuevo reino ó la renuncia de sus propios derechos. Por otra parte, Víctor Manuel, cualesquiera que fuesen sus muestras de buena voluntad, no se complacía en ningún arreglo que no hiciese viables sus proyectos sobre Roma. En junio de 1865 el Sr. Vegezzi regresó á Florencia intentando en vano disimular bajo las apariencias de un aplazamiento el fracaso real de las negociaciones. «Estas, decía, no están rotas, sino interrumpidas.» La verdad es que, lejos de entrar en las cuestiones políticas, no se resolvieron siquiera las dificultades religiosas. Único resultado de ellas fué el regreso de una treintena de obispos á las diócesis de que habían sido separados.

Mientras tanto, Austria y aún mucho más España se mostraban muy inquietas por la suerte del papa, que próximamente sería abandonado á sus propias fuerzas. Hasta aquí Napoleón había reivindicado para él solo la protección de la Santa Sede. Al desaparecer la bandera de Francia, ¿no sería oportuna una acción común de las potencias católicas en favor del soberano pontífice? Ya en enero de 1865 el Sr. Mon, embajador de España en París, visitó al Sr. Drouyn de Lhuys: «Tenemos, díjole, dos años de plazo para ponernos de acuerdo,

(1) Despacho del Sr. Pacheco, embajador de España, 6 de abril de 1865 (*Documentos relativos á los asuntos de Roma, comunicados á las Cortes*).

(2) Instrucciones del general La Marmora al comendador Vegezzi, 29 de abril de 1865.

para prevenir los acontecimientos, para afianzar el poder y la autoridad del Padre Santo.» Entonces fué cuando volvió á exhumarse un proyecto á menudo discutido, el de una *garantía colectiva* para el mantenimiento del poder temporal. El Sr. Mon conferenció más de una vez acerca de este asunto con su colega austriaco el señor de Metternich; pero estas entrevistas diplomáticas no se tradujeron en ningún acto positivo. Francia no deseaba mucho ligarse de esta manera: además no ignoraba que Italia consideraba semejante arreglo como un ataque al principio de no intervención. Austria, cualesquiera que fuesen sus inquietudes con respecto al porvenir del Papado, estaba dominada por una preocupación superior: la de eludir la responsabilidad de los asuntos italianos. Abandonada á sí misma, España era impotente. Debido á un cambio bastante singular, la sola evolución que se verificó fué en favor del nuevo estado de cosas: el Sr. Mon abandonó la embajada de París y el gabinete de Madrid reconoció el reino de Italia (1).

El año 1865 transcurrió entre estos proyectos ó esbozos de proyecto. A fines de otoño el emperador hizo volver de Roma á un regimiento. Esta fué la primera ejecución del tratado. Probando al gabinete de Florencia su fidelidad á los compromisos contraídos, Napoleón tuvo empeño en multiplicar para con el Padre Santo las muestras de su buena voluntad. Todo el año de 1866, el último antes de la evacuación, lo empleó el gobierno francés en influir doblemente sobre la Santa Sede para ayudarla á bastarse á sí misma y sobre Italia para inculcarla el respeto á sus promesas.

Con respecto á Pío IX lo más difícil sería hacerle descender á las cosas terrenas. Su alma, fatigada de los engaños humanos, ya no buscaba otra fuerza que la que deriva de Dios. Mostrábase á la vez absoluto en sus pensamientos hasta la intransigencia y resignado hasta el renunciamiento en el curso ordinario de la vida. Depositario de un poder que no le pertenecía, conservaba en la ruina de su potencia material la única preocupación de mantener la entera integridad del derecho. Imitado sin cesar á reconciliarse con el mundo nuevo, rebelábase contra esta exhortación que le parecía un absurdo ó una impertinencia y rehusaba seguir á aquellos á quienes por vocación divina se creía llamado á dirigir. El año anterior, en una encíclica famosa, había atacado á esa sociedad moderna que tenía la pretensión de inmiscuirse en sus atribuciones, y de entre todas las máximas equívocas y dudosas había escogido, para condenarlas, las más vulgarizadas por las costumbres públicas, aun entre los creyentes. La emoción había sido grande, y este lenguaje, aun despojado de su rigor teológico por los comentarios episcopales, había resonado de un modo insólito. Después de proclamar como príncipe los derechos de sus predecesores y de cumplir como director de almas lo que creía de su deber, Pío IX dirigía solamente á lo demás una mirada tranquila. Para la política tenía á Antonelli; para la guerra á Mero-de; pero confiaba poco en la política y aun menos en la espada. Un día, á fines del verano de 1865, el Sr. Merode supo que se le suponía enfermo, cansado y

(1) Véanse los despachos del Sr. Mon, de 25 de enero, de 27 de marzo y de 16 de mayo de 1865 (*Documentos relativos á los asuntos de Roma, comunicados á las Cortes*).

con necesidad de reposo. Todo esto le fué dicho suave y paternalmente, y con no menor suavidad se le alejó del ministerio de la Guerra. No teniendo ya nada que esperar ni que temer, Pío IX encontraba su serenidad en el exceso de su infortunio. Había pasado el verano de 1865 en Castelgandolfo, y, á su regreso, el pueblo de Roma admiró su buen semblante, su cara reposada en la paz de su retiro. Por un singular contraste, el destino fortalecía los días del anciano á la par que sacudía su trono. Así perdiéronse las esperanzas de aquellos que, formando cálculos en un próximo conclave, esperaban llegar á ser los dueños sin usurpación y por el solo beneficio de la muerte. A los visitantes que recibía, y éstos eran en gran número, se quejaba el pontífice, pero de ordinario sin amargura: «Ved, decía, al pobre papa cargado de años y de penas.» Cuando se le hablaba de ayuda, de protección, de intervención de las potencias, sacudía la cabeza y señalaba al cielo. A veces aludía á todos los proyectos que disimulaban, bajo el nombre de transacción ó de arreglo, el completo despojo de la Santa Sede. Entonces sus ojos se animaban y su voz vibraba, como sucede á los humildes y bondadosos que, habiéndose contenido mucho tiempo, estallan ante la audacia del sofisma ó de la injusticia: «Verdaderamente esos señores se burlan de mí,» decía con mezcla de vehemencia y de desdén. Sin embargo, la edad y las angustias no habían borrado en él la gracia sonriente y el amable abandono que le valieran tanta popularidad en su juventud. Con sus familiares, y con los extranjeros á quienes concedía audiencias privadas, conversaba con toda libertad. Era entonces encantador oírle desenterrar todos los recuerdos de su largo pasado, juzgar con frase aguda, festiva ó desdeñosa, los hombres y las cosas, muy locuaz, hasta indiscreto—Antonelli se quejó de ello en más de una ocasión,—con bondad encantadora, pero llena de intención. Se le escuchaba con arrobamiento: pero he aquí que bruscamente el augusto anciano enmudecía como presa de remordimientos y como si hubiese rebasado el grado de malicia lícito á un santo. El piadoso pontífice hablaba de Francia en términos mezclados de tristeza y de simpatía. Aun desconfiando de la debilidad del emperador, rendía homenaje á sus buenas intenciones. En cambio mostrábase poco satisfecho del embajador, Sr. de Sartiges, quien en Roma recibía una semana á los amigos del papa y otra semana á sus adversarios. En cuanto al ejército francés, distingúale con rara benevolencia y sentía únicamente que se acercase la hora de la separación. «Es sin duda la última vez que podré bendeciros en esta solemnidad,» dijo el 1.º de enero de 1866, al recibir los homenajes del general De Montebello y de sus oficiales. Luego añadió con emoción: «Después de vuestra partida los enemigos de la Iglesia vendrán quizás á Roma.» El resto de la alocución se convirtió en una plegaria: «Ruego por vosotros, por Francia, por la familia imperial.»

Estas disposiciones resignadas y ligeramente altaneras, esta desconfianza de todo socorro humano, cuadraban mal con la condición del Estado pontificio, obligado pronto á reunir todos sus recursos para combatir la revolución. Cuando se habló á Pío IX de reforzar su ejército en previsión de nuestra marcha, su primer sentimiento fué de impotencia: «¡Mi ejército!, replicaba;

ya encontrarán los piemonteses medio de disolverlo.» Sin embargo, cuando las fragatas francesas, el *Labrador* y el *Gomer*, enviadas á Civitavecchia, hubieron transportado á Tolón algunos de nuestros batallones, los consejeros del Padre Santo, impresionados por la advertencia, sintieron despertarse su vigilancia. El emperador, dispuesto á aprovechar este cambio, ofreció no sólo sus consejos, sino también su concurso indirecto. El Padre Santo tenía á su servicio algunas tropas indígenas, un batallón de carabineros, compuesto sobre todo de suizos y de alemanes, y además el antiguo cuerpo franco-belga, que se había convertido en el regimiento de zuevos pontificios. Napoleón imaginó constituir además, para el servicio del papa, una legión reclutada en Francia, formada en cuadros franceses, y que sería alistada bajo la bandera pontificia. Dos ejemplos recientes autorizaban semejante creación: lo hecho por Luis Felipe con respecto á España y muy recientemente lo hecho por el mismo emperador con respecto á Maximiliano. El 30 de enero de 1866 un decreto decidió la organización de ese cuerpo que admitiría alistamientos por cinco años y sólo aceptaría hombres pertenecientes á la religión católica y licenciados del servicio militar en su país. Más tarde, con objeto de facilitar el reclutamiento, se admitieron soldados en uso de licencia ó sacados de la reserva; además estipulóse que los oficiales conservarían en el ejército francés todos sus derechos al ascenso. En agosto de 1866 la legión contaba unos mil hombres. Organizóse en Antibes; de ahí el nombre, que le quedó, de *legión de Antibes*. El mando confióse á un coronel recientemente retirado, el coronel D'Argy. Nada se perdonó para afianzar la idea de que el servicio del papa era la prolongación del servicio de Francia. Tal fué el sentido de una calurosísima proclama que el general D'Aurelles, en el momento de la marcha, dirigió á los que se embarcaban. En forma menos solemne, pero con mayor precisión, el mariscal Randón, en una carta al coronel D'Argy, expresó los mismos sentimientos. Habiendo firmado el tratado el 15 de septiembre, Napoleón tenía empeño en demostrar á los católicos que protegía de lejos al papa, lo mismo que lo habría hecho de cerca. «Ayudaré al Padre Santo á formar un ejército, decía entonces al cardenal Bonnechose; nunca permitiré á Italia violar el territorio pontificio.» Y añadía con una expresión de firmeza que no le era habitual: «Se puede contar conmigo.» El 22 de septiembre de 1866 la legión de Antibes entró en Roma, seguida de la solicitud imperial: «Hay que aumentar la legión, decía el soberano, pero hay que aumentarla poco á poco y sin ruido (1).» Se notará el acento un poco tímido de estas últimas palabras; esta circunspección se explicaba por miramientos con respecto á Italia. Mientras el emperador recomendaba á Pío IX la energía, predicaba la moderación á Víctor Manuel.

¿Cuál sería el éxito de los consejos enviados á Florencia? A juzgar por las apariencias, nuestra diplomacia tenía en su abono, para ser escuchada, los títulos más sagrados. Durante este año de 1866, Francia había llevado su solicitud para con su protegida hasta el más extraordinario olvido de sí misma. De sus propias manos

(1) Véanse las Memorias del mariscal Randón, tomo II, páginas 118-125. — Véase también *Vie du maréchal Randón*, por M. Rastoul, pág. 278.

y á despecho de su seguridad futura anudó la alianza entre Florencia y Berlín. La liberación del Véneto había sido el eje de su política, é inspirando ó guiando las tortuosas negociaciones italianas, ora cerca de Austria, ora de Prusia, había obrado con la más rara doblez, la que se ejercita por cuenta de otro. Después de Custoza sólo tuvo una inquietud, la de recompensar la derrota como pocas veces se recompensa la victoria. ¿Era verosímil que, habiendo asegurado á Italia vencida la espléndida joya de Venecia, el emperador no pudiese en cambio obtener un arreglo con respecto á Roma?

Vióse entonces cuán frágiles son los lazos de la gratitud entre las naciones. Había exasperado á Italia recibir por favor lo que deseara lograr por conquista, y lejos de mostrarse agradecida al bienhechor, faltó poco para reprocharle su beneficio. La adquisición de Venecia, en vez de apaciguar la codicia, la sobreexcitó. Relativamente á la Convención de 15 de septiembre, subsistió el antiguo comentario, lleno de equívocos y de sutiles reservas. ¿No había algún optimismo en usar la palabra equívoco? Al recibir Víctor Manuel las actas del plebiscito del Véneto, felicitóse de que el reino de Italia fuese un hecho, pero insinuando que no estaba totalmente constituido. En Venecia, en el teatro de la *Fenice*, los emigrados romanos se atrevieron á desplegar ante el rey triunfante el estandarte de Roma rodeado de un crespón de luto (2). Desde Florencia nuestro ministro plenipotenciario, el Sr. de Malaret, enviaba informes muy poco tranquilizadores. «Tenemos que habérmolas, escribía el 24 de octubre de 1866, con un gobierno mediocre, con una mala Cámara y con una opinión pública sin dirección.» Enumeraba, sin omitir ninguna, las diversas causas que habían debilitado al partido del orden y disminuído la influencia francesa: el resultado negativo de la misión Vegezzi había contenido las tentativas de arreglo con el Papado: mientras la cuestión veneciana había permanecido sin resolver, la cuestión romana había quedado relegada á segundo término: en adelante ninguna otra la haría olvidar: la alianza prusiana había acostumbrado á Italia á no contar ya exclusivamente con Napoleón, sino á buscar su apoyo en otros. Nuestro representante terminaba con esta declaración: «La independencia con respecto al gobierno imperial está en este momento á la orden del día en Italia.»

Después de todas estas complacencias, Napoleón habría acabado de desacreditarse si hubiese soportado que el gobierno de Florencia se librase de cumplir sus compromisos. Ya en 15 de octubre de 1866, un despacho del Sr. de Moustier había proclamado la voluntad de Francia, que era continuar dispensando su protección al Padre Santo. Quince días más tarde, el emperador recalcó, en un tono de reproche que no le era habitual, lo que su ministro no había hecho más que indicar. El 3 de noviembre, en una carta á Arese, después de haber recordado el soberbio presente de Venecia, proseguía en estos términos: «Ahora queda el asunto de Roma. Es preciso que se sepa bien que por esta parte no cederé en nada; que estoy muy decidido, á la vez que á cumplir la Convención del 15 de septiembre, á sostener el poder temporal del papa por todos los medios

(2) Véase Pasolini, *Memorie raccolte da suo figlio*, págs. 446 y 447.

posibles (1).» Mientras tanto, llegábase al término fijado para la evacuación. Podía temerse por aquella época algún acto inconsiderado de los ministros, alguna arremetida del partido revolucionario ó, á falta de manifestación más sensible, alguna palabra imprudente del rey, sobre todo al abrirse las Cámaras. El Sr. de Malaret era un mandatario íntegro, sagaz y totalmente digno de la confianza de Napoleón. Sin embargo, las circunstancias parecieron á éste tan graves, que juzgó oportuno el envío á Italia de un mensajero extraordinario. Escogiólo entre sus familiares como para indicar bien que por lo menos esta vez su política personal é íntima se confundía con su política oficial. El 15 de noviembre de 1866 el general Fleury marchó á Florencia.

«Yo era un enviado oficioso, llamado á dar consejos y, sobre todo, á recordar lo jurado.» En estos términos ha definido Fleury (2) su embajada. Sus instrucciones, que le fueron entregadas por el emperador mismo, tenían por objeto establecer claramente que el tiempo de las complicidades había pasado: tanto por convicción, cuanto por política, el emperador no abandonaría al Padre Santo y emplearía todos sus esfuerzos para impedirle que saliese de Roma; cumpliría fielmente la Convención del 15 de septiembre, persuadido por su parte de que el gobierno de Florencia cumpliría sus compromisos y haría más aún. Del gobierno italiano dependía prevenir en Roma cualquiera revolución. «Si, pues, continuaba Napoleón, una vez que hubiesen marchado las tropas francesas, el papa se viese obligado á dejar su capital á causa de un motín, Francia no vacilaría en reponerle en ella con la ayuda de sus tropas. Con este objeto, dejaríanse siempre entre Tolón y Marsella 20.000 hombres dispuestos á ser transportados á Civitavecchia al primer llamamiento.» A estas declaraciones categóricas añadíase toda clase de pequeñas advertencias: se exhortaba al rey á mostrar más energía, á disminuir sus gastos, á entenderse con Roma acerca de las cuestiones religiosas, á proseguir la misión Vegezzi, á admitir á los obispos en sus diócesis sin exigirles juramento, á devolver al rey de Nápoles sus bienes personales en cuanto hubiese salido de Roma. La conclusión de la nota era notable por su energía: «Si el gobierno italiano va por este camino, puede estar seguro de la simpatía y del apoyo del emperador; si no, no.»

El 19 de noviembre, Fleury estaba en Florencia. Nos hace saber que en su viaje había leído las cartas de Máximo de Azeglio, la historia de la casa de Saboya y además toda clase de artículos apropiados, escogidos en la *Revue des Deux Mondes*. Toda esta erudición no sería inútil, tantos serían los argumentos que se necesitarían para contener las ambiciones italianas. Confunde lo que revelan los despachos del general. ¿Está en una corte amiga que todo lo debe á Francia? ¿No está más bien junto á un adversario en quien bullen recientes rencores? Al llegar á Florencia, comprueba que los periódicos están llenos de relatos de su misión. Los comentarios son de excesiva animosidad: «Pero, añade, hasta aquí no ha habido injurias.» Y hace notar esta ausencia de injurias como si hubiese sido un comienzo de éxito. Ve á los ministros: «A Italia, escribe el 23 de noviem-

bre, le costará mucho trabajo arriar la bandera de Roma capital.» Sea por deseo de darse importancia, sea por justa apreciación de la realidad, insistió sobre las dificultades de su tarea: «Mi misión, repetía, es muy difícil... No es en modo alguno lo que creían en París Rouher y su camarilla.» Recibido en audiencia por Víctor Manuel, sale de la entrevista muy perplejo: ¡tanto se esmera el príncipe en equilibrar las fórmulas afectuosas con las restricciones inquietantes! El rey habla del emperador en buenos términos; pero recrimina un poco los acontecimientos de Venecia: está «lleno de buenas intenciones aparentes, pero sin voluntad definida.» está del todo dispuesto á impedir los motines, las demostraciones armadas ó no armadas; pero vacila en hacer pública esta política: no tiene empeño en ir á Roma, aunque añade: «al menos *por ahora*»; y deja entender que este parecer es sólo su *sentimiento personal*. Si el enviado de Napoleón es un amigo para la corte de Florencia, es á lo menos un amigo á quien no se reconoce. «Llevo aquí una vida muy atareada, pero muy retirada, á fin de no herir el sentimiento italiano, que me parece muy suspicaz, ó más bien, muy temeroso; hasta el punto de que ni Ricasoli ni los otros ministros me invitan y que el rey, so pretexto del carácter en parte confidencial de mi misión, hace lo propio.» Fleury, por otra parte, no se conmueve ni se molesta, y muy al contrario, juzga que las cosas van mejor. En efecto, se le promete que va á reanudarse la misión Vegezzi, á guarnecer las fronteras, á preparar los periódicos, á vigilar al partido de acción. Muy satisfecho, comunica á París estas buenas noticias. ¿Qué esperaba el emperador? No se sabe verdaderamente; pues, no menos triunfante que su favorito, le daba las gracias en términos efusivos: «Os felicito por haber obtenido ya tan buen éxito.»

«Prosigo ganando terreno,» telegrafíaba Fleury el 26 de noviembre. ¡Cuán movedido era este terreno! El rey se muestra esquivo, solícito y de nuevo se excusa. «Me ha prometido muchas cosas, escribe el enviado francés el 29 de noviembre; ¿las cumplirá? He insistido tanto, que tengo cierta confianza.» Mientras tanto, en Florencia el embajador se mueve en el vacío, se queja de falta de dirección, y para distraer su ociosidad, visita los Museos, frecuenta los teatros, se pasea por los *Cascines*. Empeñados en ocultarle la política, los italianos se complacen cortésmente en enseñarle su país. «Sería un crimen, le dicen, volver á Francia sin haber visto la *ciudad de los Dux*.» Fleury interrumpe sus trabajos diplomáticos con un viaje á Venecia, adonde le lleva suntuosamente un tren especial facilitado por la casa Rothschild.

El 5 de diciembre, Fleury regresó á Florencia. El acto principal en que se revelaría la política italiana sería el discurso de Víctor Manuel que debía abrir el parlamento algunos días más tarde. Este discurso coincidiría con nuestra salida de Roma, de suerte que tendría todo el alcance de un manifiesto. Siguiendo el espíritu que le inspiraría, la arenga real intimidaría á la revolución ó le infundiría nueva audacia. Hacia este lado se concentraron todos los esfuerzos de la diplomacia francesa. El rey había anunciado su propósito de trazar él mismo su programa; y como se le propusiera facilitarle una redacción: «Sabré muy bien, dijo, encontrar yo mismo la fórmula.» Pero ¿podía contarse con el rey?

(1) Véase Bonfadini, *Vita di Francesco Arese*, pág. 353.

(2) Fleury, *Souvenirs*, tomo II, pág. 304.

Fleury se mostraba inquieto, y el emperador singularmente escéptico. «Temo mucho, telegrafiaba Napoleón el 6 de diciembre, el discurso de apertura: si nada dice de bueno, procurad á lo menos que guarde silencio.» Los días siguientes el enviado imperial transmitió á París mejores noticias. El gobierno italiano acababa de dar muestras de su tolerancia: todos los obispos habían vuelto á sus diócesis; iba á ser enviado á Roma un nuevo negociador, el Sr. Tonello; en fin, el presidente del Consejo, Sr. Ricasoli, había prometido introducir en el discurso de la Corona palabras de amistad, de gratitud á Francia, y quizás también al emperador; y todas las pasadas ingratitudes daban á este débil testimonio un sabor insólito. «Según las concesiones obtenidas en Roma, comunicaba Fleury con fortalecida confianza, espero lograr de Ricasoli que hable de conciliación y quizás que proclame capital á Florencia.» A pesar de estas informaciones, Napoleón permanecía sombrío en sus pronósticos. Sospechaba que el gobierno del rey provocaba las deserciones en la legión de Antibes: además ciertos rumores, desmentidos, sin embargo, en Florencia, presentaban á Víctor Manuel como dispuesto á secundar una insurrección en los Estados romanos (1). «Dudo, telegrafiaba el emperador, de las intenciones tan benévolas de Italia para con Roma.» La clarevidencia de Napoleón no le engañaba. Cuando Fleury intentó obtener de Ricasoli declaraciones muy precisas, éste objetó los clamores de la opinión pública, el temor de una crisis ministerial y los peligros de una disolución. En cuanto al rey, el general le acusaba de huírle, de jugar con él al escondite, de usar de toda clase de tapujos. El 15 de diciembre había de abrirse el parlamento. Por la mañana la minuta del discurso fué comunicada al enviado francés. No era tan bueno como se había deseado, ni tan malo como se pudo temer un momento. El rey hablaba del respeto que tenía á los compromisos adquiridos y de su gratitud al emperador. En cambio, aludía á las aspiraciones nacionales; y de este modo se continuaba el equívoco voluntariamente prolongado. Habiéndose atrevido Fleury á criticar esta última frase, se le contestó, no sin alguna ironía, que estaba tomada de una carta escrita en 1862 por Su Majestad Imperial al Sr. Thouvenel.

«Confieso que esperaba más, seguía diciendo Fleury á su soberano al transmitirle el discurso real; pero es preciso contentarse con este éxito.» ¡A qué modestia había llegado nuestra política, reducida á llamar éxito el reconocimiento de un tratado muy formal y la concesión hecha de mala gana de una palabra de gratitud! El soberano se mostraba más acomodaticio aún que su enviado. El 16 de diciembre le telegrafió: «Expresad mi satisfacción y recibid para vos, de parte de la emperatriz y mía, todas las felicitaciones por el buen resultado de vuestra misión.» Fleury regresó á París muy agasajado, muy cumplimentado, y no omite hacernos saber que, por haberse mostrado tan sagaz diplomático, se vió designado para la próxima embajada. Un rasgo completa el cuadro. En Italia fué donde estalló el descontento. La opinión reprochó al rey el haber concedido demasiado á Francia, el haber por indignas atenuaciones ocultado, casi traicionado, la aspiración nacional.

(1) Véase *Souvenirs du général Fleury*, págs. 339-340.

Napoleón no tenía por qué tranquilizarse acerca del porvenir; pero tampoco tenía motivos bastante graves para eludir sus compromisos. Mientras Fleury negociaba en Florencia, las tropas francesas que habían quedado en Roma se disponían á regresar á su país. Al tener noticia de la irrevocable partida, Pío IX manifestó primero ciertas aprensiones y hasta pensó, según se asegura, en llamar á Civitavecchia á las escuadras de las potencias católicas (2). Pronto recobró toda su serenidad, y siguiendo su costumbre, puso toda su esperanza en la Providencia. El 6 de diciembre recibió á los franceses en audiencia de despedida. Las palabras del papa serían de gratitud por la larga protección dispensada ó de reproche por lo que parecía un abandono? En la alocución de Pío IX la tristeza sobreexcedió á la gratitud. Su discurso estaba lleno de sombríos pronósticos para Roma, para Italia, y como si el pontífice hubiese tenido un presentimiento del porvenir, dedicó palabras alarmantes para Francia y aun para el emperador. En París desagradaron mucho estas quejas, y más todavía esta compasión. Corría el rumor de que en la época de la evacuación la emperatriz iría á Roma. Ya en el mes de octubre la soberana había confiado sus propósitos al cardenal Bonnechose: «Mi presencia, había añadido, no vale 50.000 hombres; pero los italianos no querrán ofender al emperador en mi persona (3).» Sin embargo, en los consejos de las Tullerías el paso dado por la emperatriz no parecía político si la augusta viajera no llevaba con el carácter de mensajera de paz, á los dos poderes rivales, á Víctor Manuel y al Padre Santo, el ramo de olivo. Pareciendo quimérica toda conciliación, el proyecto fué retardado y luego no se habló más de él. Del 3 al 7 de diciembre de 1866, el *Gomer* y el *Panamá*, llegados de Tolón, embarcaron el 85.º y el 71.º de línea. El 69.º y el 29.º se embarcaron en parte en el *Intrépide*. El *Mogador*, el *Labrador* y el *Seine*, transportaron el resto del cuerpo expedicionario. Cuando los buques se hallaban en Civitavecchia, vióse aparecer en las mismas aguas una corbeta austriaca encargada de recoger al papa en caso de peligro. Al mismo tiempo abordaron otros buques de los cuales desembarcaron franceses, holandeses y belgas, bravos jóvenes que iban á Roma atraídos por la perspectiva de próximos peligros y destinados á engrosar el cuerpo de los zuavos. El 11 de diciembre de 1866, la bandera tricolor desapareció del fuerte de San Angelo, y el 13 regresó á Francia el general De Montebello, que fué el último en embarcarse.

III

Cuando la corte pontificia, después de diez y siete años de ocupación francesa, se sintió dueña de sí misma, el primer sentimiento fué de sorpresa, el segundo de temor. A esto se mezclaba una ligera, una imperceptible impresión de alivio, pues el extranjero, aun en su socorro, era para ella una carga por una razón ú otra. A pesar de los pronósticos contrarios, los me-

(2) Despacho del príncipe de Metternich al barón de Beust, 20 de noviembre de 1866 (*Documentos comunicados á los delegados de las dietas de Viena y de Pesth*, 1868).

(3) Libro-diario del cardenal Bonnechose (Besson, *Vie du cardinal de Bonnechose*, tomo II, pág. 59).

ses que siguieron fueron muy tranquilos. Sobrevino el Carnaval y fué general la alegría; los amigos del papa estaban contentos porque Pío IX reinaba aún, y sus adversarios porque pronto dejaría de reinar. Siguieron la Cuaresma, la Semana Santa, la pompa de las ceremonias pascuales; y la afluencia de turistas, la abundancia de beneficios, la tranquilidad exterior de todas las cosas, prolongaron la ilusión de la seguridad. Pronto cundió el rumor de que se preparaban otras fiestas más solemnes todavía. En el mes de junio de 1867, con motivo de la conmemoración centenaria del martirio de San Pedro, volvióse á ver el mismo espectáculo que en 1862 para la canonización de los mártires del Japón: la misma afluencia de fieles, las mismas manifestaciones de generosidad y de amor, las mismas demostraciones entusiastas que aclamaban á Pío IX, pontífice y rey. Jamás se vió la Roma papal revestida de tanto esplendor como en la víspera de la crisis que amenazaba hacerla desaparecer. Todo lo que Pío IX no esperaba ya de los hombres lo esperaba de Dios con una fe singular que admiraba á todos. El 26 de junio reunió un consistorio, y descontando el porvenir, que parecía escapársele, convocó al episcopado del mundo entero para un próximo concilio ecuménico.

El partido de acción veía con malos ojos esta espera. Una vez alejados los franceses, estaba en la creencia de poder precipitar la solución; mas para obrar necesitaba un punto de apoyo, y en esto estribaban las dificultades.

El desiderátum hubiese consistido en hallar este punto de apoyo en Roma y en provocar en ella una sedición, que se hubiera presentado al exterior como el acto espontáneo de un pueblo exasperado por la servidumbre. Con un poco de audacia y, sobre todo, de diligencia, se hubiera arrastrado á Italia; luego, acelerando un plebiscito é invocando la soberanía nacional, quizás se habría desarmado á la misma Francia. Mas la empresa, después de examinada, pareció poco realizable. Los más exaltados de entre los romanos comprometidos en las anteriores conspiraciones vivían en el destierro. Los que quedaban permanecían muy circunspectos y además estaban severamente reprimidos, pues el reducido ejército pontificio, poco numeroso para un servicio de guerra, bastaba de sobras para una represión interior. No hay duda que los súbditos del papa tenían contra su gobierno numerosos motivos de agravio. En cambio, pocos había que llevasen su animadversión hasta la idea de un rompimiento. Por atrasados que estuviesen, no llegaba su indiferencia al extremo de ignorar completamente lo que ocurría allende sus fronteras, pues de las provincias libertadas les llegaban noticias poco satisfactorias: hablábase de impuestos extraordinariamente aumentados, de administración vejatoria aunque muy secularizada, y también del reclutamiento que se apoderaba de los jóvenes para dispersarlos por las guarniciones apartadas. A estas nuevas sentíanse los romanos menos ganosos de regeneración. En la intimidad de sus viviendas pensaban en sus modestas cargas, veían á sus hijos reunidos á su alrededor, y comprendían que todas las inquietudes no eran obra de los eclesiásticos. Así hablaban, pero muy tímidamente, muy bajo, como habla de ordinario el buen sentido. A considerar solamente el brillo exterior, ¿a quién

no hubiesen inspirado envidia los romanos? ¿Qué gobierno les habría dado fiestas como las que en aquellos mismos días estaban presenciando?

A falta de inteligencias dentro de Roma, el partido de acción hubiese encontrado en la complicidad de Italia el gaje de un éxito próximo; pero, á pesar de sus ambiciones, el gobierno del rey Víctor Manuel ora negaba ó aplazaba su concurso, ora simulaba no oír. Sin hablar de las advertencias de Francia, la verdadera prudencia le aconsejaba asegurar su condición interior antes de intentar nuevas empresas. Hay pocos engrandecimientos que se realicen sin dificultades. Las que experimentaba la joven monarquía eran inmensas. Debía unificar sus antiguas y sus nuevas provincias: Palermo, que el precedente año se había insurreccionado; Turín, que no se consolaba de su pérdida preeminencia; Nápoles, que envidiaba la fortuna de Florencia; y ésta, que sólo aceptaba con desdenosa indiferencia una superioridad que comprendía ser efímera. La carestía de granos, el cólera, las quintas, la guerra, habían entristecido los ánimos y hasta provocado algunos pasajeros retrocesos hacia las desaparecidas dominaciones. La mayor penuria era la del dinero. El primer establecimiento del nuevo Estado, la organización de los servicios administrativos, las obras públicas, los gastos de los armamentos habían destruído muy pronto el equilibrio del presupuesto. Presuntuosos como hijos de familia recién emancipados, los italianos en un principio no se preocuparon mucho y abrieron ampliamente las fuentes del empréstito; luego vinieron los expedientes ordinarios, emisión de los bonos del Tesoro, venta de bienes nacionales. Una vez agotados estos recursos, se abrazaron á una suprema esperanza: la de los recursos que podría producir la enajenación de los bienes eclesiásticos. Como ocurre en toda obra renaciente, lo difícil había de ser la realización. A principios de 1867, el Sr. Ricasoli se apropió un sistema en extremo original que, mediante una entrega de 600 millones al Estado, dejaba al mismo clero el cuidado de liquidar su propio patrimonio. Esta deuda de 600 millones dividida en cuatro anualidades colmaría el vacío de las cajas públicas. Lo que parecía ser un remedio supremo no hizo más que aumentar la confusión. Por muy ingenioso que fuese el proyecto, suscitó toda clase de críticas. La Cámara, al poco tiempo, dejó al ministerio en minoría; éste recurrió á la disolución; los diputados, despedidos, fueron reelegidos en su mayoría; Ricasoli cayó. Se le designó primero como sucesor á Menabrea; luego Ratazzi se encargó del poder. La cuestión de los bienes eclesiásticos no estaba resuelta; en cambio, á las dificultades financieras se añadían los males de la inestabilidad política. Tal era la condición de Italia en la primavera de 1867. En tales coyunturas, ¿quién hubiese aconsejado afrontar nuevas complicaciones? Sin duda Roma aparecía como el complemento de la unidad; pero era menester dejar á la Convención del 15 de septiembre el tiempo de gastarse un poco, y al propio Napoleón el tiempo de sentir su firmeza. El ideal hubiese sido una absorción progresiva extendiendo poco á poco á los ciudadanos de Roma los privilegios y las cargas de Italia; so pretexto de seguridad, se hubiese introducido en el castillo de San Angelo una guarnición real; luego, so pretexto de sim-